EDITORIAL

El 9 de junio de 2026, el conflicto desatado por Vladímir Putin contra Ucrania alcanzó una marca reveladora: 1.567 días de guerra. Esa cifra marca la duración total de la Primera Guerra Mundial (del 28 de julio de 1914 al 11 de noviembre de 1918).

Lo que el Kremlin proyectó en febrero de 2022 como una "*operación militar especial*", que en 3 días tomaría Kiev y decapitaría al gobierno legítimo de Volodímir Zelenski, se ha transformado en una guerra enquistada. Esto certifica el fracaso de Rusia. A Putin le gusta hablar de la "*situación en torno a Ucrania*" para referirse a las causas que justificarían sus decisiones respecto al vecino agredido por él, cuando lo que está en el fondo de su mente sociópata es la "*gloria perdida*".

Cuando Putin se reunió con su amigo y delincuente convicto Donald Trump en Alaska, en agosto del año pasado, ya habló de que "*debe restablecerse un equilibrio justo en la esfera de la seguridad en Europa y en el mundo en su conjunto*". Según Putin, así desaparecerían "*las causas primordiales de la crisis*" en Ucrania; este es su modo de rumiar con algo que le atormenta: la pérdida de un estatus con la derrota en la Guerra Fría y el colapso de la URSS en 1991. Moscú perdió su hegemonía sobre la Europa oriental y nunca superó el trauma.

El plan de Putin subestimó la resistencia de Ucrania y las Fuerzas Armadas rusas quedaron en evidencia por su incompetencia. Sumemos la corrupción en sus mandos y unas doctrinas obsoletas que han hecho que tardasen demasiado en adaptarse a la realidad del campo de batalla ucraniano. Como en la "Gran Guerra", el frente ucraniano y sus ciudades se han convertido en una trituradora de carne, donde la tecnología (drones, guerra electrónica y satélites) convive extrañamente con la crudeza de una infantería estancada en trincheras de frentes estáticos.

Económicamente, el desgaste es enorme. Para sostener estos más de 4 años de guerra, el Kremlin ha hipotecado su economía nacional. La ha subordinado por completo al esfuerzo bélico y depende de la asistencia de "amigos" internacionales como China o la India que siguen siendo un apoyo para Putin. Europa está en alerta porque Rusia sigue pretendiendo debilitar a la OTAN y cuenta para ello con la fiel ayuda de Trump. Ese deseo de fracturar a la OTAN o disuadir a Europa de apoyar a Ucrania, ha logrado en estos años el efecto contrario. Esta guerra ha consolidado la ampliación de la Alianza Atlántica y cimentado un bloque de apoyo internacional que, pese a algunos altibajos y el deplorable papel de Orbán (que ya no está) o de Trump, sigue respaldando la lucha ucraniana.

La invasión de Ucrania respondió a la voluntad revisionista de un solo hombre incapaz de aceptar la independencia geopolítica y cultural de una nación soberana. Al rebasar los días que duró la Gran Guerra, la Rusia de Putin sigue confirmando que ha fracasado en su objetivo estratégico. No ha podido someter a Ucrania en 3 días, ni en 4 años, ni en los más de 1.500 días transcurridos hasta este junio de 2026.

Ucrania sigue en pie, mutilada pero erguida; pagando un precio insoportable en vidas y territorio. Rusia acumula un costo demográfico, económico y moral cuyas facturas tardarán generaciones en pagarse. La II Guerra Mundial duró 2.193 días (del 1 de septiembre de 1939 al 2 de septiembre de 1945), otro "record" que Putin está dispuesto a batir ya que ni le importan las víctimas ucranianas ni empatiza con las bajas rusas y de otras muchas nacionalidades que han caído en el campo de batalla. El 26 de febrero de 2028 Putin alcanzará ese número de días en guerra equivalente a los de la II Guerra Mundial. Mucho me temo que este amoral sea capaz de alcanzarlo, gracias entre otras causas a sus "colegas" que sonrientes le estrechan la mano cuando tienen ocasión. Me refiero a los dirigentes de países con un peso cada vez mayor a nivel internacional que se reúnen con Putin en cumbres internacionales como la de Tianjin en septiembre del año pasado (con China y la India), donde proyectan y reclaman su papel como alternativa al orden occidental.

Volviendo a la II Guerra Mundial, un Putin admirado por Trump y los principales partidos ultraderechistas (que cada vez obtienen mejores resultados electorales) llama nazis a los ucranianos que resisten a sus embestidas. Mientras tanto, Alice Weidel, líder de la extrema derecha alemana y del partido AfD (Alternativa por Alemania) que es actualmente la segunda fuerza política en Alemania, ya dijo el 9 de enero de 2025 que Adolf Hitler fue un "*comunista, socialista*". Fue conversando en la red X con Elon Musk (el del saludo nazi para celebrar la victoria de Trump), que estaba de acuerdo con ella en lo de que Hitler era un comunista. En una entrevista dada días después a ntv (cadena alemana de noticias), reiteró que "*Adolf Hitler era de izquierdas*". Si Hans, el abuelo paterno de Alice (juez militar nazi desde marzo de 1941 en la Varsovia ocupada), levantase la cabeza le diría a ella y a su amigo Musk lo comunistas o socialistas que eran él y sus camaradas del NSDAP... Y las redes sociales se llenaron de imbéciles dándole la razón porque claro: "*es que el NSDAP* (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) *lo llevaba escrito en su nombre*". Lo lamentable del asunto no es que mientan con un descaro increíble, lo penoso es que siempre habrá gente que crea en estupideces como este patético revisionismo histórico.

Los servicios de inteligencia del Ministerio del Interior alemán, conocidos como BfV (Oficina para la Protección de la Constitución), han catalogado a AfD como un "*caso seguro de extremismo de derechas*" que "*amenaza la democracia*". No dudo lo más mínimo de lo real que es esa amenaza y los ucranianos tampoco lo dudan. Alice ha dicho públicamente que retirará cualquier ayuda a Ucrania cuando lideré Alemania. Y el secretario de Estado de EE.UU., Marco Rubio, no dudó en defender al partido de Weidel denunciando que la catalogación de la BfV fue una "*tiranía disfrazada*". Animo Putin, puedes seguir contando con tus camaradas mientras Ucrania nos enseña lo que es enfrentarse a una tiranía real. **MLL**